

Nota bibliográfica al libro de Ildefonso Pereda Valdés

Ralean desoladoramente los libros de poesía escritos con alguna decencia de alma y en donde al autor le oímos la voz: la suya, no la de su festejado vecino. Casi todos los escritores son unos canallas bastante perfectos en cuanto se les acerca un tintero, pues empiezan ofreciéndonos su desbordada y no solicitada amistad y se arrepienten en seguida y nos mezquinan esa presentación total de su yo, que de ellos esperábamos. En cambio, se disfrazan de estoicos, de castellanos viejos, de gauchos, de compadres de trastienda, de rusos, de obreros y hasta de mujerengos. Así, por contraste, he querido decir mi primer elogio del libro de Ildefonso Pereda Valdés: su autor es un caballero, no un simulador de emociones; una presencia de hombre verídica, no una antología de morisquetas o un prontuario de embustes. A Pereda Valdés lo vemos clarito en sus páginas: lo vemos por las calles azules (azules de tanto cielo) de su Montevideo natal y frente a la visión (y audición y olfacción) del mar, en Malvín, en un paisaje estirado, hecho de lomas y de puesta de sol. Vemos también su seriedad joven, sus enviones de entusiasmo, su calmosa incredulidad criolla, su propósito de emparejar lo tradicional con la novedad. Su técnica es muy mil novecientos veintipico y hasta me parece escuchar colazos del creacionismo en alguna los negros que invocan, esa guitarra que dice la elegía estrofa; sus temas son tradicionales. Esa guitarra de de los candombres del ochenta y planea la ausencia de los tambores, las mascallas y las marinabas, ¿no es

una cosa patética y tradicional, de raíces viejas en el tiempo?

Quiero hablar de las composiciones que más me gustan. *Canto de Federico y Nicolás*, se titula la que con mayor urgencia quiero manifestar al lector: es la poesía de la amistad de tres poetas que dividen el universo en tres partes iguales, como buenos hermanos:

Ildefonso: el mar.

Federico: la tierra.

El cielo: Nicolás.

Esa conciencia de que la poesía empieza en cada poeta, ese grandor sin fondo que cada uno de los tres contrayentes promete rellenar de belleza, esa triple conjuración benévola de la esperanza y de la amistad, ese respeto tácito de cada uno por las jurisdicciones casi infinitas de los otros, me parecen conmovedores. Esa es poesía de veras, autobiográfica, señaladora de tres destinos hermanos en un momento hermoso, en intención o en realización de hermosura.

Me gusta la *Canción de las Rocas* con su correlación voluntaria entre las despindadas, malvdas y casi enconadas imágenes que la eslabonan y sus versos duros y ciegos:

El escultor que trabajó la piedra
y sin forma y sin ritmo la dejó,
Horará, cincelador de estrellas,
su terrible crueldad.

Nada hay más desolador
que una roca solitaria en el camino,
y la canción que no tiene sonidos
es la canción de la dura piedra.

También *Campo*, también *Destrucción*, también *Alegría y Verdad*, también *La Guitarra*... Hay un par de imágenes en las últimas, que no se me olvidarán. Dice una:

¡Lo mismo que Jesucristo,
la vidala se va en sangre!

Todos hemos hablado alguna vez de la música que se desangra, pero ésta es la perfección de esa tända imagen de todos, su plenitud. La otra es esta corporificación, por triplicada imagen, de la felicidad:

¡Quiero ser un niño alegre
que va a caballo en un río!

El *Canto a la Luna Nutritiva* es una letanía hermosa, una simulación de glotonería astronómica que recuerda al lobo tragalunas de la mitología germánica. Es una broma emocionada que realiza el milagro clico (y nada lugonero, por cierto) de no ser un centón de Laforgue y Obes. (Es sabido que los treinta y tres orientales son el conde de Lautréamont y Julio Laforgue).

Mi felicitación total a Pereda Valdés.